

Comentario. ("El Día", Madrid, 25 febrero 1918).

COMENTARIO

De esta hecha electoral no se renovará el Parlamento, y como no se renovará no podrá renovar nada. Será tan vicioso y tan baldío como los anteriores; acaso peor.

Dícese que el grupo mayor será el que lleve la sinrazón insocial Dato-Sánchez Guerra; es decir, los llamados idóneos, los genuinos conservadores, los históricos—o si se quiere antihistóricos—, y es natural, naturalísimo que así sea. Son los que ocupan la posición más clara, la más definida, la más cínica.

En «El Imparcial» del día 13 de este mes leemos un artículo titulado «Actitud inexplicable.—El partido conservador y la contienda electoral.» El articulista encuentra inexplicable lo que tiene la más obvia explicación.

El partido conservador idóneo se dirá: «¿Para qué he de cambiar si así me va bien?» Porque en la patria apenas hay partido de esos que piense. Además, para ese partido cambiar equivale a hacerse otro; esto es, a dejar de ser. Y es duro pedirle a nadie, partido, institución o persona, colectiva o individual, que se suicide. Lo que puede suceder es que le suiciden. Es, verbigracia, por haberle oído una vez a nuestro amigo Guerra Junqueiro, el profeta ibérico, decir que fué Oliveira Martins, el terrible pesimista, quien suicidó a Antero de Quental, el poeta de la desesperación portuguesa, por lo que hemos dicho, recogiendo ese uso transitivo del verbo suicidar, que Buíça suicidó al Rey D. Carlos. Con lo que hemos querido decir que D. Carlos de Braganza se suicidó por mano de Buíça. Y de esta clase de suicidios suele darse muchos.

El articulista de «El Imparcial» nos dice que el partido del Sr. Dato abandonó el Poder—mejor sería decir que fué echado de él—sin que sonara «el más leve rumor de defensa, de justificación», y añade que «la sensación que ha logrado dar el partido que dirige el Sr. Dato es la del fracaso, la de la falta de bandera con que acudir a los comicios». ¿Pues para qué quiere más!

En primer lugar, a ese partido no le dirige ni Dato ni ningún otro, y ahí está su fuerza. Dato es dirigido por él. En segundo lugar, aquí para arraigarse y perpetuarse no hay más que fracasar, lo que llaman así los políticos de oficio. De ex fracasados se componen la mayor parte de nuestros Ministerios; es decir, de ex ministros. De ordinario, llegar a un Mi-

nisterio es ya fracasar. Sólo se llega a él habiendo fracasado moralmente. No se admite en la lista de un Ministerio más que a quien ha fracasado o se presupone que fracasará. En tercer lugar, el partido conservador no necesita bandera para acudir a los comicios; son los otros los que necesitan tenerla o improvisarla con cualquier trazo.

Además, ¿qué mejor bandera que la de su actuación frente a las Juntas de Defensa y a la huelga del último verano después? El haber hecho que se le metiera en la cárcel a los del Comité de huelga—respondiendo a deseos más altos acaso—y toda la campaña de embustes y trapacerías con que lo acompañaron es toda una bandera.

«¿Cómo justificar—dice luego el articulista—que ante unas elecciones de la solemnidad que se pretende revestir las actuales (será «de que se pretende revestir a las actuales»), el partido que fué autor principal de los sucesos de agosto acuda a las urnas sin oponer defensa alguna a los ataques del adversario ni desplegar su programa de gobierno?»

En primer lugar, no vemos que se pretenda revestir de solemnidad alguna a estas elecciones, que no van a ser más que un alarde de fuerzas, un tanteo, por parte de unos y de otros, pues nadie cree ni en la eficacia ni en la duración del próximo Parlamento, y además el partido que fué autor principal de los sucesos de agosto no necesita desplegar otro programa de gobierno que el que entonces desplegó: neutralidad a todo riesgo, trance y costa—hasta a costa de la dignidad y de la verdadera independencia de España—y aperturar, a todo riesgo, trance y costa también, la hidra revolucionaria.

«La actitud del partido del señor Dato—sigue diciendo el autor de fondo, aunque no por ello le llamaremos «fondista»—, ¿por qué hemos de ocultarlo?, causa pésimo efecto en la opinión pública.» Lo que si lee Dato dirá: «¿En qué opinión pública? ¿Dónde está esa opinión pública?» Porque Dato fué echado del Poder por el mismo que le obligó a aceptarlo—y no con más razón lo uno que lo otro—cuando repetía que la opinión pública estaba con él. Y así era. La no opinión estaba con el no gobernante.

Todo el resto del artículo de «El

Imparcial» es del mismo calibre de ramplonería. Pero su terminación es inefable. Dice así:

«Medite el Sr. Dato, si aún es tiempo, en la conveniencia de rectificar de conducta y de persuadir al país de que el partido conservador busca su fuerza, no en los preparativos que haya podido realizar desde el Poder, sino en la virtualidad de sus doctrinas y en sus procedimientos de gobierno.»

¡Dícele a Dato que medite!... ¡Vamos, hombre! Y lo que dirá el mismo Dato si lo lee: «¿Meditar? ¿Yo meditar? ¿Y qué es eso? ¿Con qué se come? ¿Y para qué?» Y tendrá razón. Porque quien tiene que meditar no es precisamente Dato.

No sabemos si este deplorable artículo, tan deplorable de redacción como de concepto, será de esos que se dice que son «inspirados»; pero si lo fuera, debía el inspirador, más o menos directo, percatarse de que no es el partido conservador el que tiene que rectificar su conducta. El papel providencial que le está hoy asignado es el de acabar con las instituciones que quiere, para defensa de las clases que representa y de sus espurios intereses, sostener. Ese partido sirve a la terrible némesis de la Historia.

El obstáculo, además, a toda renovación, a toda verdadera renovación de España—no a esa quisquosa ambigua y cobarde que se llama así—, no son precisamente las llamadas instituciones fundamentales del Estado, lo que es algo abstracto, sino que es algo muy concreto, muy circunscrito, muy personal. Y esto debe saberlo el articulista o fondista de «El Imparcial».

No, no es el Sr. Dato quien tiene que meditar. Al Sr. Dato le basta con estar pronto a sacrificarse y sacrificarse a sus amigos si le obligan a aceptar el Poder y estar resignado a que le echen de él de un empujón. Que a esto se llama ahora patriotismo.

¿Y en qué consiste el patriotismo entonces? El patriotismo consiste hoy en España en dejarse de discutir abstracciones y en...

Pero de esto otra vez.

Miguel de Unamuno.

